



LA VIDA Y LA MUERTE EN EL HOLOCAUSTO



IES Pedro Soto de Rojas

Jaime González, Paula Rodríguez
Laura Moreno

IES Juan XXIII

Paula Alcaide, Víctor Benítez,
Paula Jiménez

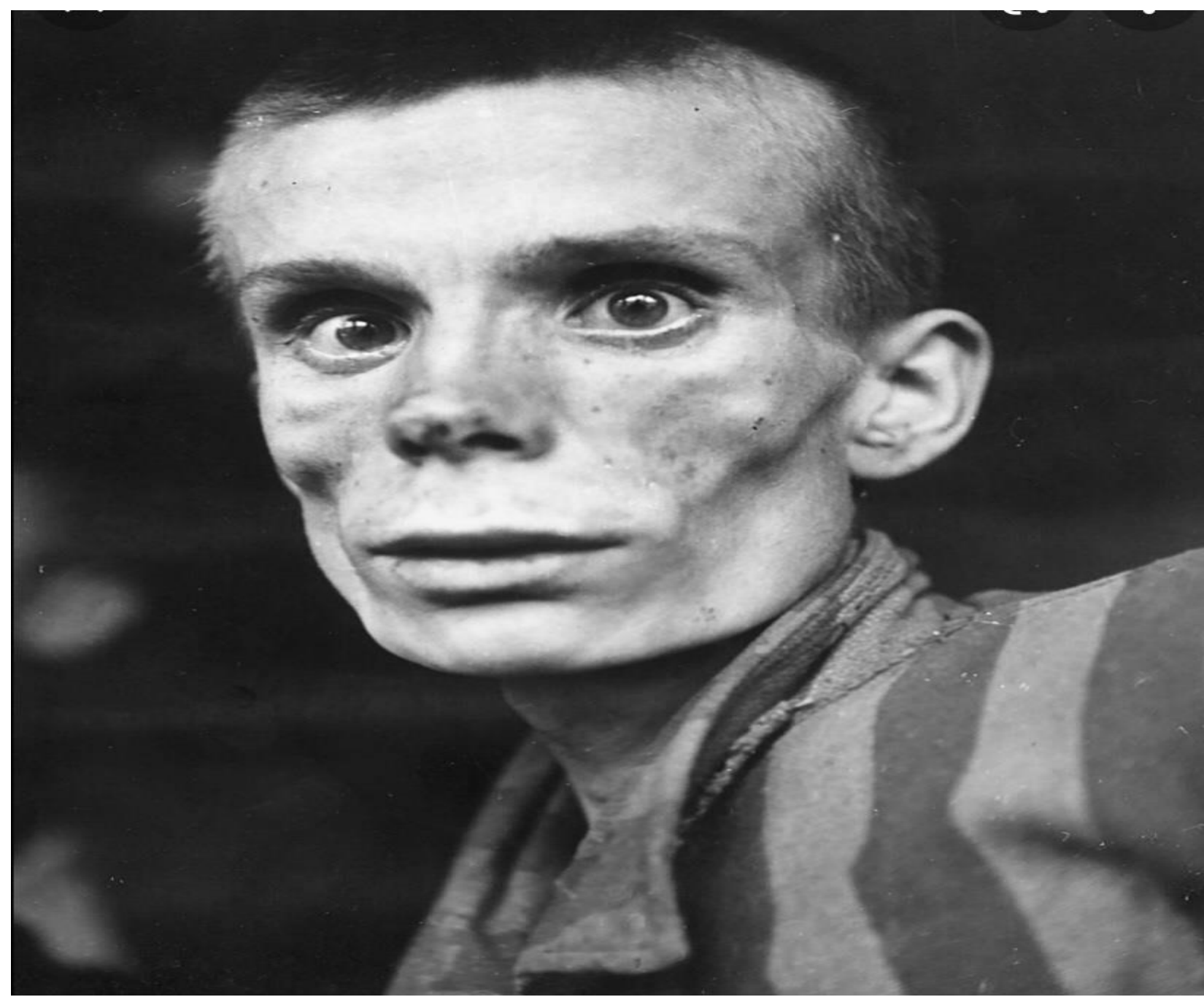
IES Ilíberis

Eva Vivo, Nour El Messari



Nunca se podrá precisar el número de judíos asesinados por los nazis. Los expertos manejan una cifra entre cinco y seis millones. La suma de las víctimas totales roza los veinte millones. La mayoría de víctimas del genocidio nazi fueron asesinadas nada más bajar de un vagón en cámaras de gas de lugares que resuenan en la memoria como Auschwitz, pero también en otros de los que apenas quedan restos, como Treblinka, Belzec o Sobibor. Durante años, los campos de exterminio convirtieron en cenizas a más de un millón de bebés, niños, adolescentes, mujeres y hombres adultos, ancianos. Solo los fuertes vivieron en el horror, convertidos en esclavos, reducidos a un número tatuado en su antebrazo izquierdo.

La vida en el gueto era insoportable. En viviendas tan carentes de espacio e higiene, las enfermedades contagiosas se propagaban con rapidez. La gente siempre tenía hambre. Todos los días había niños que quedaban huérfanos y solían vivir en las calles, mendigando mendrugos de pan a otros que tenían poco o nada para compartir. Alemania y los territorios anexados obligaban a los prisioneros judíos a portar la estrella de David en sus ropas. Entre las numerosas enfermedades que se propagaron se desarrollaron enfermedades como el tifus: en ese contexto de hacinamiento y hambruna se desató una gran epidemia. La enfermedad, que es causada por una bacteria que se transmite a través de los piojos y otros artrópodos, causa fiebre alta, dolor muscular y una erupción cutánea, y en esa época mataba a entre el 10% y el 40% de los infectados.



La desnutrición

Un prisionero en un campo de concentración nazi. Es una de las víctimas claras del holocausto. En sus facciones se puede observar la huella de uno de los mayores problemas sufridos durante este periodo en cautividad, la gran falta de alimento.

Centros de exterminio

Después de la deportación, los trenes llegaban a los centros de exterminio y los guardias les ordenaban a los deportados que salieran y formaran una fila. Luego las víctimas eran sometidas a un proceso de selección. Los hombres eran separados de las mujeres y los niños. Un nazi, generalmente un médico de las SS, miraba rápidamente a cada persona para decidir si estaba lo suficientemente sana y fuerte para realizar trabajos forzados. Ese oficial luego señalaba a la izquierda o la derecha. Lo que las víctimas no sabían es que estaban siendo seleccionadas para vivir o morir. Los bebés y los niños pequeños, las embarazadas, los ancianos, los discapacitados y los enfermos tenían pocas posibilidades de sobrevivir en esta primera selección.



Las escaleras de la muerte

Varias veces durante el día, los prisioneros eran obligados a llevar grandes bloques de piedra, a menudo con pesos de hasta 50 kilos, a través de los 186 escalones de la llamada «escalera de la muerte». Con frecuencia, los prisioneros agotados caían desplomados y soltaban su carga, la cual rodaba hacia abajo contra los siguientes prisioneros, creando un efecto dominó horrible hasta el final de las escaleras.

Las pesadas piedras aplastaban sus extremidades y órganos. Múltiples personas morían en estas escaleras todos los días. Más tarde, los que sobrevivían a la prueba eran situados alineadamente en el borde de un acantilado. A punta de pistola, cada prisionero tendría la opción de recibir un disparo o empujar al prisionero de delante por el precipicio. Algunos presos, incapaces de soportar las torturas del campo, saltaban voluntariamente desde el acantilado.



Síndrome K, una enfermedad inventada por un médico italiano y que, paradójicamente, les salvó la vida.

Este médico judío salvó a unas 45 personas con esta invención ya que los nazis pensaron que era cáncer o tuberculosis y huyeron. Los militares intentaron ingresar al hospital, pero el personal les dijo que había decenas de infectados que incluso podrían morir y propagar la enfermedad. Para que no hubiera dudas del padecimiento nuevo, los médicos les ordenaron toser a todos, pues los militares "le tenían miedo a la tos, no querían contraer una enfermedad horrible". Este lugar fue conocido como "casa de vida" ya que el día en que ingresaron todas aquellas personas todas estaban sanas, encontraron un hogar allí. "No sabíamos por qué estábamos encerrados allí. Sentimos que era un castigo. Hoy sabemos que fue la salvación", afirmó uno de los supervivientes.

Castigos y consecuencias

"La ley de la jungla reinaba entre los prisioneros. Por la noche matabas o te mataban y por el día el canibalismo se extendía".

"La vida" en los campos estaba diseñada para que los prisioneros no resistieran las duras condiciones por más de tres meses. Eran obligados a dormir en barracas de madera donde se hacían hasta 1,500 personas por bloque. Como no existía ningún tipo de higiene, las epidemias contribuían a facilitar el exterminio. La jornada comenzaba en la madrugada cuando los nazis realizaban el conteo diario de prisioneros. Durante horas se les forzaba a permanecer de pie, completamente inmóviles y en silencio, sin importar las dificultades climáticas ni la precaria vestimenta del campo. Cotidianamente recibían golpizas y castigos sádicos. Quien caía al suelo por debilidad era enviado a la muerte. Estos conteos se realizaban al iniciar y al terminar la jornada de trabajo forzado para evitar cualquier tipo de fuga.

Estos campos de exterminio se construyeron con el único propósito de asesinar eficazmente a los judíos a gran escala. El principal medio de asesinato en los centros de exterminio era el gas venenoso emitido en cámaras de gas selladas o en camionetas.

Secuelas en sus descendientes

Hasta ahora, se creía que las secuelas que pudieran quedar en una persona tras haber sido vejada en lugares tan cruelmente famosos como los campos de concentración nazis morían con la persona que las había sufrido.

Los descendientes de los supervivientes judíos de los campos de concentración sufren una alteración que hace que cuenten con un nivel más bajo de cortisol que el resto de sus compatriotas. Esta sustancia, que es sumamente escasa en los prisioneros que sobrevivieron al Holocausto (y que padecieron trastorno de estrés postraumático), es la que ayuda al cuerpo a volver a la normalidad después de algún tipo de trauma.

A día de hoy, se desconoce la causa biológica que produce la reducción de esta sustancia, aunque los expertos sospechan que podría relacionarse con la aparición en los supervivientes de una enzima que descompone el cortisol.

Ésta suele ser generada por el cuerpo como respuesta natural a una larga inanición, algo que encajaría perfectamente con las penurias sufridas por los presos judíos.

Lo que causa que muchos descendientes de estos supervivientes estén predispuestos a padecer diferentes trastornos como los que se relacionan con la ansiedad y sean más propensos a sufrir dolencias como estrés postraumático, obesidad, e hipertensión.

Quienes habían sido seleccionados para morir eran llevados a cámaras de gas. Para evitar el pánico, los guardias de los campos les decían a las víctimas que iban a ducharse para sacar los piojos. Los guardias les indicaban que entregaran todos sus objetos de valor y que se desvistieran. Luego eran llevados desnudos hacia las "duchas". Un guardia cerraba y trancaba la puerta de acero. En algunos centros de exterminio, se introducía por tubos monóxido de carbono en la cámara. En otros, los guardias de los campos tiraban gránulos de "Zyklon B" por un conducto de aire, un insecticida sumamente tóxico que también se usaba para matar ratas e insectos. Por lo general, después de unos minutos de haber ingresado en las cámaras de gas, todos morían por falta de oxígeno. Bajo vigilancia, los prisioneros eran forzados a transportar los cadáveres a una sala cercana, donde les sacaban el cabello, los dientes de oro y las amalgamas. Los cuerpos eran quemados en hornos en los crematorios o enterrados en fosas comunes.

En definitiva este estudio sobre la vida y la muerte en el holocausto nos ofrece un punto de partida para examinar las señales de alarma que pueden indicar la posibilidad de que nuevas atrocidades masivas ocurran. Nos hemos planteado cuestiones sobre el comportamiento humano. El Holocausto ilustra lo peligroso que resultan los prejuicios, la discriminación, el antisemitismo y la deshumanización. Nuestro objetivo también era dar a conocer cómo algunas instituciones y partidos políticos pueden volverse en contra de una parte de la sociedad y destacan la necesidad colectiva, fundamentalmente para aquellos que se encuentran en una posición de liderazgo, de reforzar los valores humanistas que protegen y preservan la libertad y la justicia sociales.

Es vital profundizar en la reflexión sobre las cuestiones contemporáneas que afectan a las sociedades de todo el mundo, tales como el poder de ideologías extremistas, la propaganda, el abuso de poder oficial, así como el odio y la violencia contra determinados grupos.



UNIVERSIDAD DE GRANADA

